

por debajo del él mismo». Precisamente esto es lo que Sartre no podía valorar acertadamente, pues no supo o no quiso entender que el Partido también podía ser pensado desde la fórmula *major et minor se ipso*. Sartre miraba con algo más que resquemor a todo aquello que Lefort estimaba como el «exceso de la vida social sobre la organización del poder».

Nada nos asegura que el pensamiento de Lefort vaya a ocupar el lugar que merece en el espacio

editorial y académico. Pero de lo que no cabe duda es de que sin prestar atención a las reflexiones escritas por este renovador de la filosofía política, el pensamiento que tiene por objeto lo político no logrará reinventarse en la dirección que nunca debió abandonar: la obligada tarea de seguir orientando en medio de esa esencial característica de la democracia que es la «disolución de certezas».

Tomás Valladolid Bueno

**NIETZSCHE, Friedrich: *El pensamiento trágico de los griegos. Escritos póstumos 1870-1871. Introducción, traducción y notas de Vicente Serrano. Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, 192 pp.***

Disparejos son los motivos y abigarradas las razones que nos pueden aguijar hoy en día a múltiples lectores y filósofos castellanoparlantes para allegarnos hasta Friedrich Nietzsche. Desde aquellos que lo abordamos persuadidos de estar ante el padre de la filosofía hermenéutica —su frase «no hay hechos, sino interpretaciones» (*Frag. póst. 1886-87, 7 [60]*) bien podría ejercer, como ha indicado más de una vez Gianni Vattimo, de digno *motto* de la misma—, hasta esotros que buscan en él a un soberano crítico del nihilismo y la cultura contemporáneos, pasando por querencias más o menos deleuzianas, foucaultianas o derridianas (y sin excluir a sus leedores cristianos o helenizantes), lo cierto es que el filósofo de Röcken sigue dándonos a todos qué pensar. Por este motivo resulta una excelente nueva para muchos el empuje con que el profesor Jacobo Muñoz está llevando a cabo, desde hace unos años, la colección editorial en la cual se inserta el texto que aquí nos disponemos a reseñar.

Se trata de la colección Biblioteca Nietzscheana, que se propone acopiar dos tipos de volúmenes tan atractivos como necesarios. Por un lado, Biblioteca Nietzscheana habrá de aglutinar traducciones españolas de la obra completa del autor cuyo epónimo la nombra; por otro lado, aspira a reunir estudios monográficos sobre ese mismo pensador elaborados por filósofos hispanos. Ambos ánimos son tan suculentos como prometedores, y una prueba magnífica del buen hacer con

que Jacobo Muñoz está abordando parejo empeño es la obra que aquí nos ocupa, *El pensamiento trágico de los griegos*. Pues habría que empezar por afirmar que este libro es mucho más que una simple traducción de un escrito de Nietzsche nunca antes vertido por completo al castellano —lo cual, por lo demás, no sería por sí sola menguada virtud—. El editor y traductor, Vicente Serrano (quien ya nos deleitara anteriormente con sus versiones españolas de Hegel, Fichte o Jacobi), convierte estos trataditos, merced a su soberbia introducción y a sus siempre instructivas notas a pie de página, en una obra que casi mereciera figurar dentro del otro género que la colección Biblioteca Nietzscheana pretende atesorar: el de las investigaciones en torno a Nietzsche.

Para entender como acomete Vicente Serrano similar empresa, es preciso ubicar primero *El pensamiento trágico de los griegos* en el marco de la producción del filósofo alemán. La obrita reúne cuatro ensayos titulados respectivamente «El Drama musical griego», «Sócrates y la tragedia», «La visión dionisiaca del mundo» y por último el más luengo de todos ellos, «Sócrates y la tragedia griega». Los cuatro fueron escritos entre 1870 y 1871, esto es, en los dos años anteriores a la aparición de *El nacimiento de la tragedia*, con el cual guardan una relación temática insobornable —de hecho, buena parte de esos materiales serían incorporados luego a este texto de 1872—. Se trata, pues, de las huellas (sólo póstumamente publi-

cadadas) que el pensamiento de Nietzsche fue dejando mientras germinaba su primera publicación, repletas (como toda huella) de pistas para el inquiridor curioso que anhele escudriñar los avatares de tal gestación.

Y ese inquiridor se llama aquí Vicente Serrano. Con la minuciosidad que sólo puede permitirse quien extraordinariamente conoce el Idealismo alemán, Serrano no sólo dispone este texto en el contexto del primer Nietzsche (pp. 13-24, *Introducción*), sino que es capaz asimismo de delinear las sendas que lo enlazan con la filosofía clásica alemana de finales del Setecientos y principios del Ochocientos (pp. 24-64, *ibíd.*), e incluso traza algunas interesantes observaciones sobre la recepción nietzscheana en la postmodernidad (pp. 64-69, *ibíd.*), que seguro que dejarán a muchos, no saciados, con deseos de saber más sobre sus sugestivos análisis a este respecto. Donde sí sacia él los requerimientos académicos e intelectuales más estrictos es en lo que atañe a la investigación de las rentas que Nietzsche recaba del Idealismo germano. Pues Vicente Serrano expone en estas páginas minucioso, convincente, una tesis que al principio puede parecer arriesgada, pero que será difícil desmontar tras su lectura. En suma, nuestro editor arguye que el núcleo de las ideas defendidas por el de Röcken en estos cuatro ensayos (y, consiguientemente, luego en *El nacimiento de la tragedia*) no sólo pertenece al ambiente de las discusiones que los románticos tudescos llevaban entabladas ya varios decenios, sino que, más concretamente, pueden identificarse sin dificultad en dos obras de F. W. J. Schelling salidas a la luz no mucho antes de la composición de tales escritos: nos referimos a su *Filosofía del arte* y su *Filosofía de la mitología*. Las correspondencias entre los argumentos de Schelling y los de Nietzsche son a veces tan acusadas y sorprendentes que Serrano llega a insinuar que «estamos en el límite de lo que podría considerarse un plagio» (p. 43, *ibíd.*). Y se ocupa de demostrarlo luego punteando su traducción con trabajadísima notas en las que va señalando, una por una, las coincidencias entre los desarrollos nietzscheanos y los razonamientos schellingianos.

Esas concomitancias podrían resumirse en las siguientes: en primer lugar, desde un punto de vis-

ta general (y por fuerza acaso demasiado superficial), Nietzsche compartiría con Schelling factores como el haber idealizado la Grecia antigua, concebir la poesía como el arte que aún todas las demás, aspirar una y otra vez a reunificarse con la Naturaleza, y estimar a Eurípides como un momento (vinculado a la figura de Sócrates) que marca la transición hacia la comedia ática (*ibíd.*, pp. 42-45). En segundo lugar, empero, las concurrencias entre ambos alemanes llegarían hasta un pormenor mucho más preciso (*ibíd.*, pp. 45-64), lo cual merma las probabilidades de una simple casualidad en sus respectivas exploraciones, y engruesa la tesis de una influencia directa entre el primero y el segundo, rayana en el remedo: nos referimos a principios como la contraposición nietzscheana entre lo apolíneo y lo dionisiaco (paralela a las explanaciones de Schelling, a partir de Schiller, sobre el par formado por lo bello y lo sublime); la función de las divinidades helenas (que en entrambos fungen como ilusiones estéticas que ansían alejarnos de la tragedia que es la vida, sin rastro alguno de roles moralizantes, pues); el juicio sobre Esquilo y Sófocles, bien anejo en los dos casos; la loa a la tragedia como aquello que manifiesta en toda su crudeza el conflicto entre libertad y necesidad (conflicto que no viene luego a ser resuelto mediante la derrota de una de estas, sino a través de la bizarra victoria de ambas); el papel de la música como transformadora de las apariencias en símbolos; la oposición entre Dionisos y Sócrates...

Se verá que parejo elenco congrega muchos de los elementos que se suelen reputar característicos del primer Nietzsche: de ahí la importancia del estudio «genealógico», si se nos permite la expresión, al que les somete Vicente Serrano. Sus aportaciones nos parecen en este sentido tan relevantes, que dejan en el rango de simples anécdotas algunos factores que sería deseable que una edición tan notable como la presente enmendase en las numerosas reimpressiones que le auguramos; nos referimos a detalles como el hecho de no haber traducido al español algunos nombres propios griegos, que se dejan en su grafía germana o en otra no correcta —como «Kadmo» (p. 170) por «Cadmo»; «Philemon» (pp. 100, 150...) por «File-

món»; «Memmon» (p. 163) por «Memnón»—, lo cual resulta incongruente con los casos, ahí sí correctamente, en que los nombres más habituales sí que se traducen como es menester —así, se hace bien en repetir «Sócrates» y no «Sokrates»; «Prometeo» y no «Prometheus»; «Maratón» y no «Marathon» (p. 103)...—. También habría sido aconsejable evitar alguna confusión entre «deber» y «deber de» (p. 168, línea 9); prescindir de más de alguna coma que separa injustificadamente el sujeto del predicado de su respectiva oración (v.g. p. 15, línea 24; p. 23, línea 26; p. 156, nota 8; p. 186, línea 10...); y soslayar alguna expresión extraña como «Es a partir de esa necesidad a par-

tir de la cual...» (p. 128, línea 29) o «no falta nada en ellos que no esté en esa obra» (cuando se quiere claramente decir «no hay nada en ellos que no esté en esa obra»; p. 16, línea 11). Mas, en suma, semejantes perfeccionismos acaso digan menos del libro reseñado que de la manía purista de este su reseñador, y de cualquier forma en nada empañan la estimación con que hemos venido sazonado las presentes líneas: la convicción de que emprender colecciones parejas, traducciones símiles y ediciones semejantes dice mucho y bueno de nuestra comunidad filosófica en español.

Miguel Ángel Quintana Paz

**SONTAG, Susan: *Ante el dolor de los demás*, traducción de Aurelio Major, Madrid, Alfaguara, 2003, 151 pp.**

«La enfermedad es el lado nocturno de la vida, una ciudadanía más cara. A todos al nacer, nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la de los enfermos. Y aunque preferimos usar el pasaporte bueno, tarde o temprano cada uno de nosotros se ve obligado a identificarse, al menos por un tiempo, como ciudadano de aquel otro lugar».

Así comenzaba Susan Sontag, *La enfermedad y sus metáforas*, una obra desgarradora que nos acerca al lado más vulnerable de la condición humana. La autora combatió a lo largo de su vida, contra varios tipos de cáncer, pero este diciembre de 2004 la enfermedad se la llevó definitivamente. Una leucemia, provocada por un tratamiento anterior de quimioterapia para combatir un cáncer de útero, acabó con su vida. Tenía 71 años. El año anterior la habíamos visto recoger el Premio Príncipe de Asturias de las Letras 2003, junto con la escritora marroquí Fatema Mernissi. Y lo que nos llamó la atención fue su entereza, esa presencia mantenida hasta el final que hizo de ella una de las intelectuales más sobresalientes de nuestro tiempo.

Susan Sontag estudió filosofía. Su formación le dio pie a reflexionar sobre diferentes formas de la vida urbana. Sus intereses han ido desde la estética homosexual (*Notas sobre el camp*, 1964), la

novela (*El benefactor*; *El amante del volcán*; *En América*), hasta la realización de películas cinematográficas o el montaje escénico, en 1993, bajo las bombas, en la asediada Sarajevo, de *Esperando a Godot*. Pero sus referencias a pensadores, desde Platón a Thomas Mann, nos muestran esa capacidad de saber aunar lo nuevo con el sentido de la realidad que aparece en los grandes filósofos.

Fue una intelectual comprometida, pero tiene toda la razón Manuel Cruz al señalar que su estilo no era el de tantos de sus colegas «empeñados en seguir oficiando, apenas con nuevos ropajes, de predicadores, de portadores de una verdad que sólo a ellos les ha sido revelada. Frente a semejante actitud, la escritora neoyorquina manejaba una noción de la política y del compromiso extremadamente simple en apariencia, pero de una enorme eficacia: se esforzaba por hablar «como ciudadana del mundo y como ser humano» y se sentía obligada a prestar su voz a los sin voz».

En 1977, Susan Sontag publicó el libro *Sobre la fotografía*, un conjunto de ensayos que reflexionaban sobre el sentido y el poder de la imagen gráfica. Una obra que ya es todo un clásico. La obra que aquí nos ocupa de alguna manera es continuación de aquellas meditaciones, si bien se centra principalmente en las imágenes del sufrimiento a consecuencia de los conflictos bélicos.